

# CUARTA CARTA PASTORAL

QUE DIRIGE EL ILMO. Y RMO. SEÑOR DOCTOR

**DON PEDRO RAFAEL GONZALEZ CALISTO**

AL CLERO Y FIELES DE LA ARQUIDIOCESIS



Quito, Setiembre 4 de 1894

IMPRESA DEL CLERO

NOS, DR. D. PEDRO RAFAEL GONZALEZ C.,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE,

ARZOBISPO DE QUITO, &

---

Venerables Hermanos y amados hijos en Jesucristo:

Aunque oportunamente nos dirigimos á vosotros pidiéndoos el contingente de vuestras oraciones, á fin de alcanzar del cielo las gracias necesarias para obtener todo el resultado que la Iglesia se propone al exigir de los Obispos la práctica de la Santa Visita Pastoral, sin embargo, no la emprenderemos sin pedirnos una vez más que redobléis vuestras súplicas al Todopoderoso, único Autor de todo bien, á fin de que la Visita que vamos á comenzar sea fecunda en bienes de todo género. De este modo, al desempeñar una de las obligaciones más graves y difíciles de nuestro sagrado ministerio, abrigaremos la confianza de que nuestra debilidad está robustecida no sólo por el auxilio ordinario anexo á todo cargo confiado al hombre por la Providencia divina, sino también por los extraordinarios y copiosos que el Supremo Pastor de las almas nos otorgará merced á vuestras constantes y fervientes plegarias. Sí, El se dignará, no lo dudamos, derramar con sobreabundancia sus gracias sobre todos nuestros amados hijos, á quienes por primera vez vamos á estrechar á nuestro pecho con verdaderos

sentimientos de padre! Por tanto, volveremos con el alma henchida de satisfacción viendo por todas partes avivada la fe, reanimada la caridad, extirpados los vicios, reformadas las costumbres; en una palabra, viendo á nuestra Religión divina difundir en todas direcciones su influencia bienhechora mediante las virtudes hijas de la fe que nos preciamos, no sólo de tenerla atesorada en el corazón, sino también de sentirla vivificando el alma con su acción y eficacia sobrenaturales.

¡Pluguiera al cielo que tan risueñas esperanzas no estuviesen oscurecidas sino por las sombras que cruzan por nuestra mente al considerar que vamos á alejarnos, aunque no sea sino por poco tiempo, de nuestros amados hijos, de la Metrópoli! Mas á este sentimiento se añade el pesar incomparablemente más profundo, que desgarrá nuestro corazón paternal, por el espectáculo del reprehensible abuso de la prensa, de la que de algunos días á esta parte se ha comenzado á echar mano para el desahogo de amargas recriminaciones y de los más iracundos rencores. Con grave escándalo de una sociedad pacífica, han venido á turbarse la paz y la concordia que deben reinar, y que en efecto han reinado hasta el presente en un pueblo, cuyos habitantes están unidos por los vínculos de unas mismas tradiciones, intereses, aspiraciones y sobre todo por los sentimientos de caridad y de amor tan frecuentemente inculcados por Nuestro Señor Jesucristo, quien se digna poner por modelo de nuestra conducta la dulzura y mansedumbre infinitas de su Corazón divino.

Semejantes publicaciones, indignas de un

pueblo eminentemente culto, por lo mismo que eminentemente católico como el nuestro, alterando la paz de las familias y relajando los vínculos sagrados de la amistad, tienden á destruir la *caridad*, que es el carácter y atributo esencial, privativo, inalterable de nuestra Religión, conforme á la enseñanza del divino Maestro, cuando dijo: “Por aquí conocerán que sois mis discípulos, si tenéis *caridad* entre vosotros” (Juan—XIII—35). En efecto, esta virtud constituye la aureola singular que en todos los puntos del tiempo y del espacio proclama á la Iglesia de Jesucristo única reina legítima entre todas esas falsas y usurpadoras religiones, que el infierno ha suscitado para perseguirla con todas las armas del orgullo, de la concupiscencia y de la ignorancia.

Pero aun hay más; en dichas publicaciones no se respeta ni la suprema dignidad del magistrado; sino que con menoscabo de la justicia y de la veneración debida á la autoridad, se pretende envolverlo en el revuelto oleaje de las pasiones irritadas. Ahora cuando más que nunca, en vista de los acontecimientos que vienen desenvolviéndose en otras naciones, es preciso agruparnos en torno del solio donde se asienta el Poder, para defenderlo de la desenfrenada demagogia empeñada en aniquilar, á todo trance, la autoridad, no podemos ver con indiferencia que se calumnie y ultraje á sus legítimos representantes; toda vez que la religión está íntimamente ligada con la autoridad, y los intereses de la Iglesia son comunes á los estados y á los pueblos.

Tampoco queremos pasar en silencio el daño que vienen causando á los fieles, de algún

tiempo acá, aquellos que se han dado á ocasionar ó fomentar disenciones entre personas distinguidas del clero, á quienes desearan hacer descender á una innoble lucha, que por lo mismo sería origen de incontables detracciones y murmuraciones, escándalo de los débiles, y causa de triunfo para los adversarios de la Iglesia; los cuales nunca son más fuertes que cuando falta la unión entre los ministros y defensores de élla. No ponderan aquellas personas lo grave de la responsabilidad que se acarrearán delante de Dios por semejante conducta, que reviste la malicia especial anexa al pecado de sembrar discordias entre hermanos hijos de un mismo Padre; por lo cual se dice de aquel que no encontrará remisión en esta ni en la otra vida.

Ved, amados hijos, por que antes de alejarnos de vuestro lado, hemos querido dejar oír nuestra voz de reconciliación y de paz en medio de vuestros mutuos agravios y recíprocas reconvenciones, hurtando para el efecto algunos momentos del tiempo consagrado á las múltiples atenciones que demanda la proximidad de nuestro viaje. Anhelamos arrancar de vuestro corazón hasta la última raíz de disención y de discordia. Y no dudamos que nuestro llamamiento á una generosa reconciliación será acatado por vuestra proverbial docilidad y religiosa sumisión; ya que nuestra palabra no es sino la expresión del amor de padre y del celo del Pastor. ¡Quiera el Señor otorgarnos esta gracia que vehementemente la deseamos! Así podremos llevar, como lenitivo del dolor que nos causa el ausentarnos, la satisfacción de poder repetir las palabras del divino Maestro á sus discípulos: “La paz os dejo, mi

paz os doy". Es decir, la paz que os desea mi corazón, que no es otra que la de Jesús, la que él llama "su paz" y que no la podemos encontrar sino uniendo en el suyo nuestros corazones como él mismo nos lo enseñó cuando dijo: *Ut in me pacem habeatis*. Para que encontréis la paz en mí (Joan XVI, 33). Sobre las cuales palabras dice hermosamente San Agustín: "Dios quiere que los suyos sean *uno*, pero en *él*; porque en sí mismo no lo pueden". *Vult suos esse unum, sed in ipso, quia in seipsis non possent*. Procuradad, pues, mis amados hijos en el Señor, mantener, aun á costa de cualquier sacrificio, una unión tan recomendada por Cristo Jesús como fuente y manantial de tantos y tan excelentes bienes. Absteneos de toda palabra que pueda ser motivo de la menor disención ó lastimar de cualquiera manera el mutuo cariño y la recíproca confianza. Y cuando por desgracia, á pesar de esto, la indiscreción, ó también el furor de las pasiones, atropellen las atenciones debidas á la indeclinable autoridad y á las tiernas insinuaciones del amante Corazón de Jesueristo, haciéndoos superiores á vosotros mismos venced, con la hidalguía propia de un corazón cristiano, y con la nobleza de quien se gloria de ser hijo de Dios, los arrebatos de vuestro natural, olvidando esos agravios, cual si jamás los hubieseis recibido. Pues de éstos es de quienes dice Jesús en su Evangelio: "Bienaventurados los pacíficos"; es decir los que tienen y dan la paz, porque ellos serán hijos de Dios".

Terminaremos con las magníficas cuanto significativas palabras de San Ignacio de Antioquía: "Nada os está mejor que permanecer

en inquebrantable unidad; para que siempre así tengáis parte con Dios". *Utile est in immaculata unitate vos esse, ut semper participetis Deo.* Lo cual vale tanto como asemejársele; pues que Dios es amor y unión: tres Personas que se aman y una misma y sola Divinidad. — Y al extender la mano sobre vosotros para daros nuestra paternal bendición, deseando que con ella se difunda en vuestros corazones la gracia y la caridad de Dios mediante la acción del Espíritu de amor, os diremos con el sumo sacerdote Onías cuando extendiendo los suyos sobre toda la Congregación de Israel, deseoso de hacer conocer el amor y la misericordia de Dios, decía: "Y ahora vosotros rogad á Dios Señor de todo lo criado.... para que nos dé el contentamiento del corazón, para que reine la paz en Israel en nuestros días y siempre alejando de nosotros los males que nos amenazan — (Eecl. L. 24-26). Animados de estos mismos sentimientos os damos nuestra bendición en en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Dado en nuestro Palacio Arzobispal de Quito, á 4 de Setiembre de 1894.

✠ PEDRO RAFAEL,

ARZOBISPO DE QUITO.

ALEJANDRO MATEUS,  
Subsecretario.